

LAUS BOLETIN DEL ORATORIO DE ALBACETE

FEBRERO

67

1968

EL GRAN DOLOR

Hay un dolor de la Humanidad hecha Cristo, en el Calvario del mundo: el dolor de los que mueren de hambre (cada día 40.000), el dolor de los que son destrozados por la guerra, el dolor de los oprimidos por la injusticia.

Es un dolor grande como el mundo, en la noche de todas las angustias, mientras espera el amanecer del reino de Dios. Un dolor que no cabe en el corazón; que hay que gritarlo. Un dolor que comprime la vida, un dolor que derriba al hombre, un dolor que insulta su esperanza... Unos quieren el bien y no lo alcanzan; otros pueden alcanzarlo y no lo quieren. Unos se mueren de no tener, y otros del miedo de perder lo que tienen. ¡Hay un gran dolor en el mundo!

Es preciso entrar en ese mar amargo y bautizarse en su dolor, para que no sea sólo lamento, sino limpieza de las almas y todas las ansias se hagan puras y seamos capaces de apasionarnos por la verdad, y la verdad nos haga libres, y la libertad capaces de amor.

Hay un gran dolor en el mundo —hambre, guerras, injusticias— porque no hay bastante amor. Dolor universal, estigmas de Cristo en el corazón de todos los hombres, que se retuercen gritando, y aspiran y quieren y exigen el bien y la paz y el amor. El mundo desfallece de falta de amor. Los hombres gritan, pero no hablan; los hombres miran, pero no ven; los hombres cuentan, pero no aman.

Si el amor no nos convence, cruzará en llamas de dolor hasta quemar todos los mitos que separan a los hombres.

Hay un mundo por hacer y no sólo una vida que vivir. El que vive su vida solo, se atrofia. El que la vive en grupo, se hace sectario. Solamente el que la vive con el mundo, se hace completo, universal; solamente vive el que se suma a la vida de todos.

Hay un dolor en el mundo que los cristianos hemos de convertir en esperanza: porque nosotros que fuimos bautizados en el dolor y la muerte de Cristo, podemos comprender todos los dolores y asumirlos para que sean resurrección y vida.

TU CUARESMA:

- Ante todo, procura oír misa todos los días. Sé regular y puntual: una misa recortada es un racimo de gracias resbaladas. Ni el desorden ni la pereza disponen para nada santo.
- Atiende a las lecturas del sacerdote: repásalas en la Biblia antes o después, en tu casa. Intenta retener y aplicarte las ideas de la homilía, si la hay.
- Comulga. Una misa sin comulgar es un convite sin comida, no salgas del templo en ayunas de Dios. El abrazo de la Eucaristía te une el Señor y a su Iglesia. Descubrirás tesoros para tu vida de cristiano.
- Luego, acuérdate del Señor; pero trabaja y cánsate en el mundo que EL te ha dado para que lo hagas mejor.

Ve al templo que te coja más cerca, o te sea más cómodo, o te sientas más a gusto: el Señor es el mismo en todas partes. Aquí en el Oratorio, los días laborales, tenemos la celebración fija de la santa Misa a estas horas:

7'45 de la mañana, y 8 de la tarde,

siempre con una brevisima homilía, de modo que la celebración no dura más de 25 minutos. Sé puntual, si vienes, que nosotros también lo somos pensando en la escasez de tu tiempo.

OTRAS HAMBRES

La limosnería no puede resolver los males del mundo. No todo lo que se entiende por "caridad" basta para hacernos cristianos; ni lo de "hacer caridad" es suficiente para hacer el bien; el bien necesario, inaplazable.

Otras hambres más terribles que las de pan —con ser ésta tan grande— padece y consumen al mundo. La limosna apenas alcanza a cumplir la misión de símbolo, sin llegar a remediar una parte solamente mínima de los males en cuyo nombre se invoca: es más propaganda para despertar conciencias, que solución de los males que padecemos. Tampoco basta adormecer con esperanzas eternas la urgencia temporal de lo que la vida exige. Sería demasiado cómodo y egoísta, además de despreciar estos dones recibidos de Dios: la vida y el mundo en que se contiene.

A propósito de la "Campaña del Hambre" ha escrito el cardenal primado, doctor Pla y Daniel: "El objeto que se pretende cubrir no es el de la ayuda momentánea y limosnera, que escásamente podría paliar la verdadera realidad de un problema tan sobrecogedor, como el que el 60 por ciento de la Humanidad esté deficientemente alimentada, mientras la riqueza se concentra en unos pocos; sino en el promoverlos cristianamente para que ellos mismos, por sí solos, ayudados con la caridad cristiana de todos los hermanos, puedan llegar a encontrar la solución definitiva de su problema, que en la mayoría de los casos no solamente es problema de hambre material, sino que existen otras hambres más terribles y amenazadoras: hambre de verdad, de justicia, de cultura y de Dios".

No es necesario estar dotados de excesiva agudeza para poder adivinar, en todas las agitaciones que conmueven a los hombres y, en especial, a la juventud de nuestro tiempo la exigencia consciente o inconsciente de una justicia que falta, de una autenticidad que se esconde y prostituye entre enmascaramientos exhibidos como ideales que no resisten la menor dialéctica... Agitación de los espíritus que Dios mismo despierta y conmueve, para que, más allá de las caducas estrecheces y de moldes que ya no sirven, aceptamos como "signo de los tiempos" la exigencia de ser más hermanos, todos los hombres de todos

los pueblos, derribando cuantas barreras sea preciso para que, lo que Dios nos ha dado para todos, sea realmente repartido entre todos.

Dice aún el cardenal: "Su Santidad Pablo VI en su reciente encíclica *Populorum Progressio*, ha hecho una vibrante llamada a todo el mundo urgiéndole a procurar, sin dilación, el apremiante deber del desarrollo estable y permanente de los pueblos pobres, no solamente con subsidios de emergencia, sino con soluciones adecuadas al terrible problema del hambre en el mundo. Son palabras de Pablo VI en la *Populorum Progressio*: "Vosotros todos los que habéis oído la llamada de los pueblos que sufren; vosotros los que trabajáis por darles una respuesta; vosotros sois los apóstoles del desarrollo auténtico y verdadero, que no consiste en la riqueza egoísta y deseada por sí misma, sino en la economía al servicio del hombre, el pan de cada día distribuido a todos, como fuente de fraternidad y signo de providencia."

Resumiendo el pensamiento latente en esa encíclica papal, podríamos decir que hay que repartir cultura, hay que instruir y promover ante todo los espíritus; sólo así serán capaces de responsabilidades; sólo si son responsables podrán tener cuanto les falta. Sólo así, sabiendo, pudiendo y teniendo, podrán ser hombres totalmente. Y entonces, esta Humanidad nueva, recibirá a Dios, no como la razón de todo lo inexplicable, no como la bandera de un partido, no como el refugio de las debilidades, ni como un premio añadido a los egoísmos "lícito de la tierra; sino como la Vida, como la fuente de la vida, como el Padre de muchos hermanos, de todos los hombres, nacidos de su amor, crecidos en su amor.

SOBRE DIALOGO Y SILENCIO

«Para quien ama la verdad, la discusión siempre es posible. Pero obstáculos de índole moral aumentan enormemente las dificultades por la falta de suficiente libertad de juicio y de acción y por el abuso dialéctico de la palabra, dirigida no ya a la búsqueda y expresión de la verdad objetiva, sino puesta al servicio de fines utilitarios preestablecidos. Por eso el diálogo calla. La Iglesia del silencio, por ejemplo, calla, hablando sólo con su sufrimiento, y le acompaña el sufrimiento de una sociedad oprimida y envilecida, donde los derechos del espíritu se ven atropellados por los derechos de quien dispone de su destinos».

(*Ecclesiam suam*, nn. 95, 96)

PANCARTAS

“La pancarta del anticomunismo para justificar la lucha vietnamita es una argumentación bastante simplista”, escribía, hace pocos días, Salvador Pániker, desde “La Vanguardia”.

No obstante es innegable que, con esta pancarta, los americanos han montado una propaganda, dentro y fuera de su casa, capaz de encandilar a muchos, incluso a muchos cristianos (?), sobre todo cuando se ha tratado de éstos que son, antes que nada, anticomunistas y luego, si les queda espacio y si les puede servir para algo, también cristianos...

Ha sido necesaria la propaganda inevitable, sangrienta y gratuita —por lo menos esta vez— de los desastres americanos en aquella tierra quemada, para que el coro de aduladores comenzara a desafinar, se redujera en seguida al silencio y recomenzara unos acordes discretos de crítica que le hagan aparecer como desligado del posible vencido; y el descuido de la censura que ha dejado pasar a todo el mundo asesinatos televisados de anticomunistas, ha despertado las conciencias más aletargadas para unirse al clamor de acusación por el genocidio que allí se perpetra.

El anticomunismo no justifica to-

do eso. El Cristianismo, en absoluto, mucho menos.

Cuando, hace algo más de un año, por nuestras latitudes aún habría sido interpretado, en más de una ocasión, como enemigo de Dios quien hubiese osado anticipar afirmaciones tan rotundas, ya en Estados Unidos, se preguntaba la revista católica “Commonweal” si “eso del anticomunismo no era acaso un mito” para justificar cualquier forma de violencia de “los buenos”... Concretamente hacía estas afirmaciones: “Los Estados Unidos deben marcharse del Vietnam, aun al precio de una victoria comunista. La guerra en Vietnam es una injusticia. Lo que allí se está haciendo es un crimen y un pecado”.

En defensa de lo más noble del pueblo americano hemos de alabar que, como éstas, muchas otras palabras se dijeron en voz alta, protestando de la violencia y de la injusticia: bastaría como muestra el reciente alegato de la célebre cantante de color Eartha Kitt a la señora Johnson y el sermón del reverendo C. P. Lewis al mismísimo presidente, todo lo cual demuestra, además de las altas cualidades cívicas, humanas y cristianas de sus actores, la existencia de una fuerte corriente de

censura contra la guerra vietnamita que supera la pretendida extravagancia colorista y el ardor juvenil de las protestas "hippies" y estudiantiles no tan lejanas y de sobra elocuentes.

Estados Unidos no está solo en su pecado: sus amigos y sus aliados, por temor o por egoísmo, tienen parte en él. Los que quieren arrimarse a su poder, temen contristarle y perder así el favor de participar en su grandeza; y los que se saben demasiado pobres y alejados, temen poner de manifiesto su desaprobación por temor de no poder sacarle tanto al país más rico del mundo... Y es así como, el país más rico y poderoso del mundo, carece de consejo desinteresado, en constante riesgo con el error, y con el fracaso...

Así suben y bajan las grandezas y las glorias de este mundo; así van a menos los poderosos, entre orgullos y pecados que traman las historias de los pueblos, sucediéndose unos a otros en la competencia y en el relevo de hegemonías que no acaban de entender la ley que Dios ha puesto para que los hombres y los pueblos crezcan, se conozcan y se amen como hermanos. Pecados de cegueras, de egoísmos y de orgullos colectivos que, a pesar de todo, no paralizan el progreso de la Humanidad, pero que dificultan y retardan su avance, penoso, doloroso, sangriento, por los caminos del tiempo... Pecados de muchos, pecados sociales que, como diría Donoso Cortés filosofando sobre la Historia, luego han de

expiar y hemos de expiar muchos, con angustias y desastres que revisten la forma de castigos colectivos providenciales, hasta que se acepte el dolor y el desprendimiento como redención, y hasta que el poder y la riqueza, si viene por cauces justos, estén al servicio de la vocación de hermanos de todos los hombres, y una más alta responsabilidad nos capacite para amar a los que tienen menos y pueden menos, en vez de esclavizarles más y sacarles más...

...Porque este comunismo que se dice combatir no es hijo del diablo, sino de la injusticia; o, por mejor decir, del diablo de la injusticia. No será pues destruyendo efectos, sino quitando las causas. No hay que ir pues *contra* el comunismo, sino *a favor* de la justicia; una justicia inspirada por el amor, como entre hermanos. Que, ante Dios, todos los hombres lo somos...

Y, tal como están las cosas, entre hermanos, tendría que hacerse, por lo menos, de esta manera: los comunistas de Asia son gente hambrienta, mientras que los americanos son gente rica. Lógicamente, toca a éstos dar a sus hermanos pobres lo que les falta para redimirlos de su desesperada pobreza, en lugar de condenarles, con el cultivo de la guerra, a una mayor miseria y a la extinción o contención numérica, diezmados por la violencia. Durante cinco años, los americanos, que nunca han conocido los estragos bélicos en su propio territorio, han gasta-

do al día para la guerra, más de 15.000 millones de pesetas, sin que estas cifras les impidieran mantener, en privado, el más alto nivel de vida y de confort jamás conocidos. Pues bien: con esta misma cantidad, o incluso algo mejorada, ¿no se habría podido socorrer, sobradamente, a tanta miseria asiática, comunista, etcétera, etcétera...? ¿Es que no estaría mejor, gastar por gastar, que tanto dinero se empleara, por ejemplo, en hacer carreteras, fábricas, escuelas, hospitales, casas... y no en armas y municiones? No porque sean ricos tienen derecho, los americanos o quien sea, a hacer lo que quieran con su dinero; y menos a mantener y atizar hogueras de muerte. Aunque en nombre de Dios no pudiéramos invocar el deber de hermanos unos con otros; basta ser hombres.

Claro: en Occidente, el dinero, aún es una propiedad antes que una responsabilidad... Nuestro Cristianismo se ha parado aquí.

Y seguirán las guerras con pancartas nuevas.

Así las cosas, el anticomunismo, no es solamente un mito, sino un dios falso, contra el cual es necesario predicar para no cometer el pecado de idolatría. Con razón ha escrito Peter Steinfeld, en la moderna revista teológica *Concilium*: "Elevar el anticomunismo a la categoría de lo absoluto, en cuyo nombre todo está permitido, es tanto como ofrecer un sacrificio sangriento a un ídolo".

ORATORIO SECULAR

DOMINGOS MUSICALES

A las 8'15 de la tarde de de todos los domingos, en los locales del Oratorio, una hora de audición musical comentada.

TEATRO LEIDO

El domingo, día 25 de febrero, a las 7'30 de la tarde, sesión de teatro leído para jóvenes.

EL QUINTO EVANGELIO

Pues sí, es verdad: el QUINTO EVANGELIO existe. No gustó, ni ha gustado del todo lo que escribieron San Mateo, San Marcos, San Lucas y San Juan, y se ha confeccionado otro Evangelio más sensato, más prudente, más acorde con lo que es la vida y lo que ésta puede dar de sí. Aunque San Juan sacara tantas veces a relucir lo de la "vida", en realidad, igual que los demás, no pasaba de ser un buen discípulo del Señor, pero sobre la vida seguía teniendo ideas poco realistas. Por otra parte, además de que eran orientales, han pasado veinte siglos...

Precisamente si el Evangelio se ha de cumplir, si no ha de quedar olvidado, se ha de adaptar. El Evangelio es tan elemental que siempre necesita de adaptación.

Partiendo de esto han surgido los "evangelistas" del QUINTO EVANGELIO. El suyo ni es el de Cristo, ni lo custodia la Iglesia. Los cuatro Evangelios genuínos tienen la inspiración del Espíritu Santo y la garantía de los sucesores de los Apóstoles; el QUINTO EVANGELIO es nacido del espíritu del mundo, humano y temporal. Aquéllos los escribieron los que oyeron y siguieron, dejándolo todo, al Señor; éste lo han inventado los que, por principio, nunca quieren dejar nada ni seguir a nadie más que a sí mismos, y son los sucesores de aquellos contemporáneos de Jesús que no le querían "oir", pero que "le observaban para ver en qué le podían acusar", y que una vez le dieron la espalda diciéndole con seguridad tradicionalista: "A nosotros nos basta Moisés". Pero ni Moisés les bastaba, porque "si hubiesen hecho caso de Moisés también habrían querido oír a Cristo".

De todos los modos los evangelistas del QUINTO EVANGELIO están convencidos que hacen un bien a la causa de Cristo, porque disimulan los "fallos" que tuvo y que los antiguos evangelistas no supieron ocultar. Es verdad que estos fallos se deben más bien a excesos de expresión, como consecuencia de ciertos orientalismos mal interpretados, que a fallos por defecto. Los orientales tienen mucha fantasía; las parábolas eran poesías en prosa...

Por esta razón, en realidad, el QUINTO EVANGELIO está confeccionado con retales: recortes de algunos detalles auténticos demasiado estridentes y silencio de significados que comprometerían. Los huecos que quedan se llenan luego de exageraciones falsamente espirituales, que sirven para tranquilizar las protestas íntimas de las conciencias que se resisten a claudicar definitivamente, o a ser hipócritas hasta por dentro.

Pero hay que citar el QUINTO EVANGELIO como si fuese uno de los cuatro, porque tiene de éstos lo "adaptable" a la propia conveniencia. No importa que sea un Evangelio "censurado", o ¿es que el Evangelio también va a tener privilegios? El Evangelio "sirve" par hacer el bien, pero no es el bien: y ha de servir como todo lo que sirve: con docilidad y maleabilidad. De lo contrario "no sirve", y lo que no sirve, estorba. ¿O vamos a tener que decir un día que el Evangelio también estorba?

EL QUINTO EVANGELIO, como todo Evangelio, se refiere a Cristo, porque Cristo existió. Su figura es dulce y bondadosa, perdona siempre, mira con benignidad, acaricia a los niños, serena los corazones, convierte a pecadoras, adivina los pensamientos, hace comparaciones bellísimas con las flores, las plantas, las aves y los peces, y obra muchos milagros... Pero, eso sí, habla poco. En realidad las palabras, en Cristo y en todas las cosas, son lo menos importante. Siempre, lo que importa son las obras. Por esto los "evangelistas" del QUINTO EVANGELIO, si pudieran ser francos del todo y no pareciera que faltaban al respeto a Cristo —¡hay tantos prejuicios aún!— dirían que Cristo casi no debía de haber hablado, porque no estuvo acertado en eso de hablar: perdió tiempo con los ingnorantes, calló ante los poderosos, prescindió de los influyentes, hizo milagros a los que no se lo agradecieron... Todo lo cual puede ser todo lo desinteresado que se quiera, pero no es práctico. Si Cristo quería traer una doctrina nueva al mundo, para bien del mundo, lo que habría tenido que hacer es entenderse y no discutir con los sabios de entonces y no desperciar ni siquiera prescindir de los poderosos. Con menos milagros de los que hizo para la chusma, habría convencido, quisieran o no, a Herodes, a Pilatos, al mismo Emperador... Y éstos, sin demagogias, ni denuncias proféticas, ni juicios finales, habrían encontrado la manera. Con los viajes de San Pablo y los milagros de Cristo, homogéneamente repetidos, habría bastado para todo el mundo de entonces. ¿No tuvo finalmente la Iglesia que claudicar, aceptando de algún modo la organización del imperio romano? Los idealistas solamente retardan el logro práctico de los objetivos sensatos. Además de su muerte en la cruz, se habrían evitado casi todas las persecuciones.

Con esto, los "evangelistas" del QUINTO EVANGELIO, no querrían decir que el Evangelio original esté mal: solamente es más bien "imprudente", porque sobran palabras. Más milagros y menos palabras es lo que hacía falta. Los milagros siempre saben a poco. Salvo en el caso de un milagro, relacionado con la palabra, precisamente, y que por esto mismo no acaban de comprender, porque entraña cierta contradicción: es el milagro del sordo-mudo, y lo de que el Señor le echó fuera el demonio "que era mudo"... ¿Mudo el demonio? ¿A quién se le ocurre cuando lo que decimos es qu sobran palabras, cuando harían falta más milagros para hacer callar a la misma Iglesia, impenitente en el hablar igual que Cristo y no bastante escarmentada aún, a la que no basta, por lo visto,

la experiencia de Cristo...? ¿O es que quiere que le pase lo que le pasó a El? ¿O es que no nos hace caso y quiere parecerse a Cristo, con no tener bastante con rezar y decir misa, y empeñarse en decir lo que está bien y lo que está mal, lo que es justo y lo que es injusto y todo lo que se cuele después de estas palabras?... “¿A dónde va la Iglesia? ¿Quo vadis Pablo VI?” pregunta, alarmada, una publicación católica (???) española. ¿Es que Cristo no lo hizo ya todo, ni lo “cumplió” todo? ¿A dónde lleva ese impertinente decir siempre que todo vuelve a comenzar? ¿Qué más quiere?... ¿Y qué es eso de nueva “mentalidad” y de “conversión”? ¿Es que nos juzga --¿a nosotros?...-- tontos o perversos? ...¿Endender qué? ¿convertirse a qué y de qué? ¿O es que entiende por conversión alguna tontería imprudente, romántica y cara? (Uno ya se ha convertido, si hacía falta, o más bien desligado de esas pequeñas y humanas inmundicias inelegantes, o de esos pecados comprensibles que uno deja cuando le dejan a uno... ¿Qué más?...).

Por lo visto la Iglesia no se ha dado cuenta de que los buenos, a estas alturas, ya son buenos para siempre y que los malos, por desgracia, también son malos para siempre. No hay que perder tiempo ni en “diálogos” ni en estupideces, sino aprovecharlo para reforzar las posiciones de los buenos y suprimir, o por lo menos alejar, a los malos. Otra estrategia es estupidez..

¿...Que hay pobres? Siempre los ha habido y, además, lo profetizó Cristo: “Siempre tendréis pobres entre vosotros”. Esta vez Cristo habló bien y hasta fue lógico porque, sin pobres ¿cómo podríamos “hacer caridad”?

Todo habría sido muy diferente, para Cristo y para el porvenir de la Iglesia, si Cristo hubiera hablado bien, así de bien, o si hubiese callado más. Cristo habría sido para todos, lo que tenía que ser: un testimonio de dulzura divina, y un gran recuerdo hermoso y emocionante. Un recuerdo mudo y consolador, como el de las imágenes, mudas y siempre prudentes, precisamente por ser mudas. Velázquez hizo un Cristo al que no se le ven los ojos, y así cada cual puede imaginar los ojos que quiera, y perderse en la meditación. En cambio, Pasolini, en su película, precisamente por poner palabras a Cristo —no importa que fuesen las auténticas— nos desfiguró la imagen de Cristo...

Un Cristo mudo; dulce y mudo. Y cada uno que medite. Una imagen que se besa, y que calla y que no piensa; una imagen que no sea un hombre. Porque los hombres que se parecen a Cristo o son pobres y sucios, o son libres y hablan... y comprometen. Es decir, son hombres.

Ya que no tenemos milagros, hagamos más imágenes de madera que representen a Cristo, el Cristo del QUINTO EVANGELIO: dulce y mudo. Y le haremos fiestas que serán Calvarios, y Calvarios que serán fiestas.

Seguirán los avaros con sus negocios, los mentirosos con sus calumnias, los

viciosos con sus despilfarros, los insolentes con sus escándalos, los violentos con sus crímenes, los blasfemos usando en vano el nombre y la imagen de Dios, los ladrones con sus espolios, los poderosos con sus injusticias...

Y Cristo que calle.

Si un "imprudente" se atreviera a repetir su mensaje y lo dijera sin censura, sería inmediatamente atajado y le diríamos, seguramente —irónicamente— "en nombre de Cristo", y con más seguridad que la de aquéllos a quienes "les bastaba Moisés" y que dieron la espalda a Cristo de carne y hueso: "Oiga, haga el favor y basta ya: hable del Evangelio, si quiere, y nada más".

Claro que, el increpado, podría preguntar serenamente: "Pero... ¿de qué Evangelio dice usted? ¿DEL QUINTO EVANGELIO?".

Un párrafo del P. Arrupe

Nuestro esfuerzo y deseo ilimitado porque se instaure un orden social justo y conforme al Evangelio, no nos permite tomar partido con uno u otro bando litigante, como tal; nosotros somos partidarios exclusivamente de la verdad, de la justicia, de la equidad, del amor; y a sus leyes nos atenemos. Hemos de evitar el ser hirientes, ásperos, demagogos, pero no vamos a extrañarnos si la verdad no gusta a todos. Delicados sí; pero firmes, sin respeto humano; esa es nuestra postura ante la verdad, que ciertamente desagradará a más de uno y posiblemente repercutirá en alguna de nuestras actuales relaciones con los poderosos. Nuestra roca y nuestro fuerte es sólo el Señor (Salmo 30,4), por cuyo amor nos empeñamos en cooperar por un mundo mejor que el que hemos recibido.

Con este párrafo el padre Arrupe nos recuerda qué es un signo de contradicción para el cristiano, uno de los signos de contradicción más claramente manifestado en la vida de Cristo y a través de la historia de la Iglesia. "La verdad no gusta a todos", viene a ser casi como la comprobación de que la

verdad es la verdad. Si decimos la verdad y, sobre todo, una verdad con sentido histórico, topamos forzosamente con los intereses y las estructuras que intentan encadenar esta verdad. Cristo no calló ciertas verdades por "respeto humano" hacia aquéllos a los cuales sabía que no gustarían. La prudencia

jamás podrá ser el paliativo de la sinceridad. Casi podríamos decir que una palabra que, históricamente, no provoque conflictos no es una palabra verdadera y, en todo caso, no es una palabra profética. Si el amor es imposible sin la justicia y la verdad se pronuncia en un mundo capitalista basado en la injusticia, se está cerca de poder decir que la única garantía de nuestra veracidad es precisamente el conflicto que aquella palabra provoca. Es decir, si no se da el conflicto histórico, o sea, si la palabra no choca con aquella injusticia estructural que intenta transformar, acercándola a la justicia evangélica, no hay amor verdadero.

Mayormente si se tiene cuenta de que esta palabra no se pronuncia en el aire, sino en una situación histórica condicionada substancialmente por la lucha de clases, sobre un conflicto social extraordinariamente grave, como es el que plantean las sociedades capitalistas. La siembra de la palabra, la siembra de la verdad, para que dé fruto no puede hacerse en el hueco de una roca o en medio de los abrojos atormentados de la duda, sino que debe hacerse, para que fructifique, en la buena tierra que es el reconocimiento de la historia tal como es, con toda su realidad social.

Por lo tanto, la repercusión de la palabra en "nuestras relaciones actuales con los más poderosos" es garantía de que aquella palabra es veraz y es signo de amor. Más de una vez hemos recordado la famosa frase de Van der Meersch: "La verdad, Pilatos, es ésta: ponerse al lado de los humildes y de los que sufren". Lo cual quiere decir que la verdad que no toma partido es inocua y carece de contenido. Las palabras de Cristo adquieren poder histó-

rico porque nadie jamás puso en duda su encarnación entre los oprimidos. Precisamente el Cristo histórico se revela a través de su presencia entre los pobres, según la idea que tanto gustaba a Bernanos. El pobre es la encarnación de Cristo en la historia. La parábola del juicio final es bastante expresiva en este punto, sin que nadie pueda elaborarse una exégesis evasiva. "Lo que hicisteis con ellos, a mí me lo hicisteis". Y hacer algo en favor de los oprimidos históricamente hablando, supone, de algún modo, hacer algo contra los opresores. Cosa que, como es natural, desagrada a estos últimos. El amor cristiano no es algo pretendidamente angélico, sino que es un amor combativo, un amor que rompe y ultrapasa ciertas situaciones de desorden. Si somos coherederos del Espíritu, significa que participamos del ardor de un fuego que quema las relaciones de injusticia. La identificación del amor evangélico con el amor burgués, que ha pretendido instaurar *la caridad sin justicia*, es una concepción bastarda de la doctrina cristiana. Los militantes sindicales que sin abandonar —ni mucho menos— su inspiración evangélica luchan a través de la historia alimentados precisamente por el fuego del amor en la justicia, poseen una honda experiencia de este signo de contradicción. Su testimonio evangélico, precisamente, los conduce al enfrentamiento inevitable con los poderosos. La constatación de este signo de amor, que señala el padre Arrupe, la constatación de este signo de la verdad, es una de las grandes aportaciones doctrinales de su carta y buena prueba de su profunda visión dialéctica de la historia.

ALFONSO C. COMIN

(En nº 15 de Editorial Nova Terra)

EL CAMPO OFRECE SOCIALMENTE UN PANORAMA SOMBRIO

Instrucción Pastoral del Sr. Obispo de Cádiz, publicada en el Boletín de aquella Diócesis, de 20 de agosto de 1967 y que por su innegable interés reproducimos íntegramente, convencidos de ofrecer una buena información y un estímulo a todas las personas preocupadas por elaborar un orden social cristiano.

LLAMAMIENTO A LA CONCIENCIA SOCIAL CRISTIANA

Acabo de recibir un informe, elaborado con juicio y ponderación, sobre problemas sociales planteados en cierta zona rural de nuestra Diócesis.

Por los datos que poseo, situaciones semejantes se repiten en otros lugares. Los aspectos más calificados son los siguientes:

MODOS DE VIDA PRIMITIVOS

Dos notas características: Aislamiento que padecen entre sí las familias por la distancia, caminos vecinales intransitables en largas épocas del año; numerosas familias viven permanentemente en chozas, y otras, durante la mayor parte del año. Decir chozas es ofrecer un cuadro antihigiénico casi total; sin agua, sin luz, sin servicios, con ventilación deficientísima, con frecuente peligro del fuego, en condiciones de habitabilidad muy poco humanas.

DESPRECIADOS EN LO MAS INTIMO DE SU DIGNIDAD DE PERSONAS

En general, no existe el diálogo entre los trabajadores del campo y la empresa agraria, y, por tanto, nada cuentan los obreros a la hora de planificar proyectos, adoptar resoluciones, cambios en la estructuración de la empresa, mejoras sociales, situación económica empresarial, participación en beneficios, promoción humana, seguridad social, etcétera.

Por otra parte, en muchos casos, el trato humano que reciben, no alcanza las elementales normas de cortesía, atención, preocupación sincera por sus problemas personales, familiares, de integración en la comunidad social. La vida

entre rectores, funcionarios y trabajadores discurre con frecuencia en una línea señorial; viven demasiado distanciados unos de otros.

LA PLAGA DEL EVENTUALISMO

En recorrido por zonas campesinas es lo más frecuente encontrarse con trabajadores eventuales, que padecen las consecuencias de un trabajo inseguro, de unas condiciones de vida deplorables; de ingresos proporcionales diarios muy insuficientes, a veces, de desplazamientos agotadores.

LOS MINIFUNDIOS Y LATIFUNDIOS.

Abundan los pequeños propietarios con menos de cinco hectáreas. En algunos campos la penuria es todavía más aguda. Hay que sobrevivir con el producto de dos o tres fanegas de tierra.

Un régimen de cooperativas sería solución, pero antes es necesario atraer la confianza de estos hombres del campo, que al golpe de su experiencia, apenas creen en palabras y promesas.

Al lado de este cuadro minifundista, de economía ruinososa, aparecen los grandes y medios latifundios. Algunos, los menos, en línea de intensa y estudiada explotación, con proyección inicial hacia el bien común. La mayoría constituyen un mosaico heterogéneo de grandes extensiones de tierra, organizadas con acusadas miras individualistas y escasa atención a la colectividad. Fincas y más fincas destinadas a la fácil explotación de la ganadería, no siempre justificada por las condiciones de la tierra, o climatológicas, donde se emplean pocos brazos y se ahorran muchas preocupaciones y ocupaciones de índole social.

Proprietarios ausentes que arriendan sus tierras, desentendiéndose de verdaderas obligaciones de justicia y pretendiendo descargar sus conciencias sobre los arrendatarios. Obtienen una renta suficiente, a veces pingüe, para su provecho particular.

ESCUELAS

Mucho se ha adelantado en la creación de escuelas por la campiña. Pero aunque se llegue al total necesario en la multiplicación de centros de enseñanza, quedarán siempre agudos problemas a resolver:

a) Por razones económicas muchos niños ayudan a sus padres en labores agrícolas o complementarias.

b) Es difícil la permanencia de los maestros. Influyen motivos de higiene, de distancia, de aislamiento, de tedio y soledad.

c) Abundan los maestros interinos que se relevan con demasiada frecuencia, con el natural perjuicio para la continuidad de la enseñanza y ensamblamiento de educadores y alumnos.

En estas condiciones, resulta difícil la elevación del nivel humano, cultural, social y religioso.

AUSENCIA DE CONCIENCIA SOCIAL

Muchos obreros agrícolas, por temor al despido, a la antipatía de capataces, administradores y propietarios, con la consiguiente eliminación de lista, a pesar de verse privados de derechos elementales, reconocidos por las leyes, como descanso dominical, seguridad social, etc., no son capaces de exigir esos derechos ni encuentran el necesario apoyo para reclamarlos, sin sufrir el quebranto de hábiles represalias.

APLICACION DE PRINCIPIOS CRISTIANOS

Reflexionando sobre estas elementales realidades, meramente señaladas, la conclusión es demasiado evidente: el campo ofrece socialmente un panorama sombrío.

¿Qué hacer? ¿Cómo eliminar las causas que producen efectos tan perniciosos en orden al bien común, a la convivencia pacífica, fraterna, a la justicia, a la caridad?

Ante todo hay que descubrir, fomentar los vínculos de solidaridad entre las personas; estimular el cumplimiento de los graves deberes sociales.

Importan mucho las leyes que tratan de regular la justicia social, de eliminar las injustas desigualdades, pero importa mucho más vivir y realizar las graves obligaciones de conciencia, que dimanán de la justicia social.

Se acusan testimonios de conciencia cristiana preferentemente ritualista o moralizante. Esas mismas personas se muestran poco sensibles ante flagrantes transgresiones sociales, verdaderos delitos contra la justicia y el bien común. Y esto es grave, con profundas repercusiones de antitestimonio cristiano, de lacerante escándalo, sobre todo para los económicamente más débiles. Cumplir con los dictados de la justicia social es un deber evidente, que nos responsabiliza ante Dios y ante los hombres.

Siento la responsabilidad de iluminar con los principios doctrinales de la Iglesia la conciencia de muchos cristianos, que no han parado mientes, no han profundizado en el contenido obligante de los deberes sociales.

ANTE TODO EL HOMBRE

Dice Pablo VI en la Encíclica "Populorum Progressio"; "Todo programa concebido para aumentar la producción, al fin y al cabo, no tiene otra razón de ser que el servicio de la persona. Si existe, es para reducir las desigualdades, combatir las discriminaciones, librar al hombre de la esclavitud, hacerle capaz de ser por sí mismo agente responsable de su progreso moral, de su mejora ma-

terial, de su desarrollo espiritual... No basta aumentar la riqueza común, para que sea repartida equitativamente" (P.P. núm. 34).

En cristiano no son admirables los desarrollos económicos para el provecho particular o de grupos de presión, sino para el bien común de las personas.

El Concilio, si cabe, es todavía más explícito: "Creyentes y no creyentes están generalmente de acuerdo en este punto: Todos los bienes de la tierra deben ordenarse en función del hombre, centro y clima de todos ellos".

"El orden social, pues, y su progresivo desarrollo deben en todo momento subordinarse al bien de la persona, ya que el orden real debe someterse al orden personal, y no al contrario".

Y la razón es obvia, "de forma que cada uno, sin excepción de nadie, debe considerar al prójimo como otro yo, cuidando en primer lugar de su vida y de los medios necesarios para vivirla dignamente" (Const. Iglesia - Mundo núms. 12 y 27).

De no hacerlo así, la censura moral es clara: "El cristiano que falta a sus obligaciones temporales, falta a sus deberes con el prójimo, falta, sobre todo, a sus deberes para con Dios y pone en peligro su eterna salvación" (C. I. - M. número 43).

Obligación que será tanto más estricta y grave cuanto más padezca la dignidad y vida del hombre y de los suyos.

El deber social, por tanto, no es algo de supererogación a los preceptos cristianos, sino que es parte muy importante de los mandamientos.

ESTIMULOS DE LA CONCIENCIA

¿Dónde hallar la clave que revitalice los estímulos de la conciencia?

Para un cristiano el amor de Dios es el primero y principal de los preceptos. Pues bien, la humanidad hallará el amor de Dios en la medida en que los cristianos lo vivan amando a sus hermanos, a todos sus hermanos, a todos los seres *con el amor auténtico y verdadero de las obras*.

Al deber moral se añade el del apostolado y conquista. Es mucho lo que pone en juego el cristiano cuando no guarda la consideración debida al hombre. Y es mucho lo que la Iglesia y el reino de Dios padecen de "quienes profesan amplias y generosas opiniones, pero en realidad viven siempre como si nunca tuvieran cuidado alguno de las necesidades sociales" (C.I. - M. núm. 30).

O si parece mejor, recordemos la profunda reflexión de Pablo VI: "El mundo está enfermo. Su mal está menos en la esterilización de los recursos y en su acaparamiento, por parte de algunos, que en la falta de fraternidad entre los hombres y entre los pueblos" (P. P. núm. 66).

LA FALTA DE TRABAJO PERMANENTE

Manifestación evidente de una sociedad carente de pulso cristiano es la plaga del eventualismo.

Nos encontramos ante un derecho natural del hombre: el de trabajar. Y ya que para la gran mayoría de los hombres el trabajo es la única fuente de la que obtienen los medios de subsistencia, es lógico que reporte a los trabajadores los medios suficientes para su vida personal y la de los suyos.

¿Al obrero eventual, víctima de la falta de trabajo, de los paros estacionales, a veces de tres y cuatro meses, se le ofrecen las elementales posibilidades para el ejercicio de su derecho natural?

¿Dispone de los exigentes medios de subsistencia?

¿Puede atender a las mínimas necesidades vitales personales y de su familia?

Las realidades conocidas inclinan fuertemente la balanza hacia una conclusión negativa. En cuyo caso, estamos ante graves quebrantos de derecho natural, con implicaciones de serias responsabilidades.

¿Quiénes son los responsables? "El deber y derecho de organizar el trabajo del pueblo pertenece ante todo a los inmediatos interesados: patronos y obreros" (Pío XII, 1 junio 1941) ¿Y si éstos no logran la debida y justa organización del trabajo?

"Es deber del Estado intervenir en el campo del trabajo y en su división y distribución, según la forma y medida que requiere el bien común" (Ibd.).

O lo que es lo mismo, "la sociedad y, por consiguiente, el Estado que la rige, deben satisfacer ese derecho, en todo caso, proveer los medios necesarios para que los trabajadores en paro puedan subsistir dignamente" (Breviario de Pastoral Social).

Al obrero eventual es aplicable esta doctrina, por la inseguridad y el paro que muchos de ellos padecen.

ANTE LOS MINIFUNDIOS

¿Qué es lo que la Iglesia propugna para los minifundistas?

1) La empresa de dimensiones familiares debe ser vital, esto es, "que pueda obtenerse de ella una renta suficiente para el decoroso tenor de vida de la respectiva familia" (M. et M.) De otro modo entra en juego el principio de intervención del Estado expuesto en el apartado anterior.

2) "Es indispensable que los cultivadores sean instruidos, puestos al día incesantemente y asistidos técnicamente en su profesión" (M. et M.) Son medios eficaces para promocionar a los agricultores y alcanzar niveles de mejores cultivos.

3) "Es también indispensable que establezcan una abundante red de

cooperativas. Para beneficiarse en la producción con los progresos científico-técnico, para contribuir eficazmente a la defensa de los precios de los productos, para ponerse en un plano de igualdad frente a las categorías económico-profesionales de los otros sectores productivos, ordinariamente organizados" (M. et M.).

Es perjudicial, muy perjudicial, el empeño de mantenerse en posturas individualistas. La asociación es actualmente una exigencia vital; y lo es mucho más cuando se trata de pequeñas empresas agrícolas.

4) "Es indispensable que estén profesionalmente organizados y activamente presentes en la vida pública, tanto en los organismos de naturaleza administrativa, como en los movimientos de finalidades políticas (M. et M.).

Es necesario que la voz de estos hombres pueda llegar a los organismos de la política y de la administración. Juan XXIII hacía a este respecto una aguda observación: "Las voces aisladas casi nunca tienen hoy posibilidades de hacerse oír y mucho menos de ser acogidas".

ANTE LOS LATIFUNDIOS

La doctrina de la Iglesia es clara y contundente sobre los latifundios abusivos, "que son obstáculo a la propiedad colectiva".

Ante todo hay que tener en cuenta "que la propiedad privada no constituye para nadie un derecho incondicional y absoluto.

"El derecho de propiedad no debe jamás ejercitarse con detrimento de la utilidad común" (P.P. 23).

"El Concilio enseña que son necesarias las reformas que tengan por fin... hasta el reparto de las propiedades insuficientemente cultivadas a favor de quienes sean capaces de hacerlas valer" (I. M. 7).

Y Pablo VI no ha dudado en afirmar: "El bien común exige, pues, algunas veces la expropiación, si por el hecho de su extensión, de su explotación deficiente o nula, de la miseria que de ello resulta a la población, del daño considerable producido a los intereses del país, algunas posesiones sirven de obstáculo a la prosperidad colectiva".

Ahora bien, velando por los intereses de la justicia, "siempre que el bien común exige una expropiación debe valorarse la indemnización según equidad, teniendo en cuenta todo el conjunto de las circunstancias". (I. M. 7).

ANTE LA CULTURA

Las obligaciones más urgentes de los cristianos respecto a la cultura pueden sintetizarse en estas determinaciones:

"Uno de los deberes más propios de nuestra época, sobre todo de los cristianos, es trabajar con ahínco... para que se reconozca en todas partes y se haga efectivo el derecho de todos a la cultura, exigido por la dignidad de la persona".

“Esto se aplica de modo especial a los agricultores y a los obreros, a los cuales es preciso procurar tales condiciones de trabajo, que, lejos de impedir su cultura humana, la fomenten” (I. M. 60).

La Iglesia vive en el convencimiento de que “el hambre de instrucción no es menos deprimente que el hambre de alimentos”. (P.P., 35).

No es menos cierto que la educación básica debe ser el primer objetivo de un plan de desarrollo. Todo crecimiento económico depende, en primer lugar, del progreso social, y éste no existe al margen de la cultura suficiente.

En orden a la persona y a la sociedad, la cultura proporciona ciertos valores de suma apreciación: “recobrar la confianza en sí mismos; descubrir que se puede progresar al mismo tiempo que los demás” (P.P., 35); “evitar que un gran número de hombres se vean impedidos, por su ignorancia y por su falta de iniciativa, de prestar su cooperación auténticamente humana al bien común”. (I. M. 60).

Como epílogo de esta reflexión sobre la cultura, conviene recordar las palabras de Pablo VI, en el mensaje al Congreso de la Unesco de 1965: “La alfabetización es para el hombre un factor primordial de integración social, no menos que de enriquecimiento personal; para la sociedad un instrumento privilegiado de progreso económico, de desarrollo”.

NUESTRA VOZ QUIERE SER:

Advertencia llena de caridad y amor a todos. La exposición de los hechos es premisa imprescindible para el planteamiento de la cuestión. Atended, sobre todo, al espíritu y a la letra de los principios doctrinales, cuyas consecuencias son ineludibles. No os dejéis llevar por la fuerza, a veces aplastante, del amor propio o de costumbres que no resisten elementales pruebas de virtualidad cristiana. Abrid los ojos, el espíritu, la voluntad, a las orientaciones previsoras de la Iglesia, siempre Madre para todos.

Todavía estamos a tiempo; se pueden superar los obstáculos de la ética individualista y acometer las reformas necesarias de responsabilidad, participación y comunitarismo. No dejemos pasar las horas trascendentales de paz exterior. Más tarde, puede resultarnos demasiado tarde.

Son claras las aspiraciones del hombre de hoy: “Verse libre de la miseria, hallar con más seguridad la propia subsistencia, la salud, una ocupación estable; participar todavía más en las responsabilidades, fuera de toda opresión y al abrigo de situaciones que ofenden su dignidad de hombres; ser más instruidos; en una palabra: “hacer, conocer y tener más para ser más” (P. P. 6).

Todas estas justas y cristianas aspiraciones reclaman una respuesta fraterna,, generosa y al mismo tiempo urgente.

Muy de corazón os bendigo.

Cádiz, 1 de agosto de 1967.

† ANTONIO, Obispo

«El Papa, los Obispos y los Curas... ¡a decir misa!»

«Lo primero que conviene destacar es seguramente la tendencia que se atreve a reducir y limitar el poder de los obispos (sin omitir al romano pontífice), en tanto que son pastores de la grey que les ha sido confiada. Tendencia que limita su autoridad, su oficio y su vigilancia a fines precisos concernientes a las materias estrictamente religiosas, la promulgación de las verdades de la fe, la reglamentación de las prácticas de piedad, la administración de los sacramentos de la Iglesia y la ejecución de las funciones litúrgicas. Tendencia que pretende excluir a la Iglesia de todas las empresas y de todos los asuntos que pertenecen a la vida real, a «la realidad de la vida», porque, según dicen, están fuera del alcance de su poder...»

«Contra errores de este género es preciso mantener clara y firmemente que el poder de la Iglesia no se limita «a las cosas estrictamente religiosas», como dicen, sino que todo lo que es materia de la ley natural, de sus principios, de su interpretación, de su aplicación, siempre que haga referencia a su aspecto moral, están sometidos a su poder. De acuerdo con la ordenación querida por Dios, existe, en efecto, una relación entre la observancia de la ley natural, y el camino que el hombre ha de seguir para atender a su fin sobrenatural. Ahora bien: la Iglesia es guía y guardiana de los hombres en el camino que conduce al fin sobrenatural. Los apóstoles primero y luego, desde sus orígenes, la Iglesia, observaron siempre, y observan aún hoy este modo de proceder, y no como quien hace de guía o de consejero privado, sino por mandato del Señor y con su misma autoridad.» Pío XII (2. 11. 1954).

LAUS DEO

Director: P. Ramón Mas, C. O.

Edita: Congregación del Oratorio — Apartado 182. — Albacete.

Imprime: LA VOZ DE ALBACETE, S. López, 14 - 12-1-68.

Depósito Legal: AB-103-62.